

¿Debo de Sufrir Toda mi Vida Por ser Mujer?



¡No! Hoy en día las mujeres no tienen por qué soportar los sufrimientos de los trastornos femeninos. ¡Ya sean jovencitas o abuelas! Un compuesto asombroso puede brindarles reconfortante alivio de los atormentadores cólicos mensuales o de los "rubores" del cambio de vida.

Hoy en día, la mayor parte de las mujeres no tienen por qué sufrir de los desagradables trastornos femeninos, ¡a ninguna edad! Imagínese libre de los dolores y sufrimientos que afectan tanto a mujeres jóvenes como maduras. Esa es la promesa que le da el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham — una promesa de reconfortante alivio para las mujeres durante toda la vida. Esta maravillosa combinación de medicinas ha sido especialmente creada para los disturbios femeninos. En pruebas médicas, 3 de cada 4 mujeres dejaron de sufrir los desesperantes cólicos mensuales, dolores de cabeza y

de espalda. Más adelante, durante el cambio de vida, también se puede lograr maravilloso alivio: los "rubores" disminuyen, la irritabilidad se calma, ¡usted se siente llena de vida! Recuerde: por el mero hecho de ser mujer, ¡usted no tiene por qué sufrir de las miserias de antaño! Empiece hoy mismo a tomar Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham. Cualquiera que sea su edad, tómelo todos los días! Es un pequeño precio a pagar por los beneficios que recibirá toda su vida. (También viene en tabletas).

P-5810

EL ASALTO AL MONCADA...

(Continuación)

rosos automóviles. También esa madrugada se distribuyen los arados y se determina el número de personas que deben ir en cada máquina así como las armas. Finalmente se dan posiciones estratégicas a los jefes.

Las actividades se desenvuelven sin gravedad ni aparente riesgo, entonces muy quedo el himno nacional y recitan versos de Gómez García; y Fidel lee y relea el manifiesto que se repartirá a la población.

Fidel Castro esa misma madrugada vuelve a Santiago de Cuba y retorna a Siboney a las 3. a. m. A su llegada despierta a la tropa y les dice que es el momento de ponerse los uniformes pero que no se quiten las ropas de civil, con esa indicación les advierte:

—Ya conocen ustedes el objetivo, el plan sin duda alguna es peligroso y todo el que salga conmigo, debe hacerlo por su voluntad, aún están a tiempo para decidirse, de todos modos algunos tendrán que quedarse por falta de armas, los que estén determinados a ir den un paso al frente.

Todos dan el paso al frente, están decididos.

Algo sorprende a Fidel y es que se han repartido los galones y las armas al gusto de cada cual. Hace que le devuelvan las armas y los galones. Todos quisieron ser sargentos porque los sargentos serían

la tropa de choque. Fidel Castro designa los mejores entrenados y forma los grupos. Van en diez y dieciséis automóviles, en cada carro 9 soldados y un jefe; en total ciento cincuenta y ocho hombres y dos mujeres.

Ya vestidos de uniformes amarillos y equipados con sus armas, Fidel Castro ordena que se alineen y los amonesta.

—La consigna —dice—, es no matar, sino por última necesidad. Y explica:

—La primera acción consiste en tomar la posta por sorpresa, esa es una acción suicida y para ella hacen falta voluntarios.

Otra vez todos dan un paso al frente. Y Fidel escoge:

—Pepe Suárez, Renato Guitart, Jesús Montané...

Raúl Castro recibe la orden de su hermano de posesionarse del Palacio de Justicia y emplazar en la azotea una ametralladora.

El Palacio de Justicia está a un costado del Cuartel Moncada y por su altura es un punto estratégico de suma importancia. Abel Santamaría recibe la misión de ocupar el Hospital Civil Saturnino Lora enclavado frente a la entrada principal del Regimiento.

Abel hace resistencia a Fidel:

—Yo no voy al hospital —le dice— al hospital que vayan las mujeres y el médico, yo tengo que pelear si hay pelea, que otros pasen los discos y repartan las proclamas.

Fidel le riposta severamente:

—Tú tienes que ir al hospital civil, Abel, porque yo te lo ordeno, vas tú porque yo soy el jefe y tengo que ir al frente de los hombres, tú eres el segundo, yo posiblemente no voy a regresar con vida.

—No vamos a hacer como hizo Martí, ir tú al lugar más peligroso e inmolarte cuando más falta haces a todos —responde impetuoso Abel.

Fidel Castro pone las manos sobre los hombros de Abel Santamaría y persuasivo le dice:

—Yo voy al Cuartel y tú vas al Hospital porque tú eres el alma de este movimiento y si yo muero tú me reemplazarás.

E inmediatamente Fidel dio la orden de partir, eran cerca de las cinco de la mañana y todavía gran parte de la ciudad festejaba el día de su Patrón, Santiago Apóstol, aunque en realidad ya transcurría Santa Ana.

Por el camino de la carretera de Siboney a Santiago los autos suicidas se cruzaron con jeeps del ejército y sus hombres se saludaron afables y confiados. Al transitar por la Avenida de Trocha pudieron escuchar a ver de cerca el toque del bocú y la tumbadora y el bongó y el arrastre de los pies de cientos de personas, al golpe rítmico del piano de la conga o la charanga. Por la parte alta de la ciudad coincidieron con los santiagueros que salían de las sociedades y clubes, todos ausentes del drama que los envolvería en el transcurso de unas horas.

Para los santiagueros el tableteo de las ametralladoras en el amanecer de Santa Ana eran cohetes y juegos de pirotecnia que había anunciado una firma cervetera para contribuir al mejor lucimiento de la alegre y tradicional fiesta de Momo.

En la intersección de las Avenidas de Trocha y Garzón el contingente de automóviles se dividió en tres grupos, tomando cada uno respectivamente hacia la posta de la Avenida de las Enfermeras, la carretera central rumbo al Palacio de Justicia y al Hospital Civil Saturnino Lora. En el tercero de los que se dirigieron a la posta de guardia del Cuartel Moncada iba Fidel Castro. El primero de los automóviles de la tropa de choque, que era la que invadiría el Campamento, entró fácilmente identificándose como aforados que regresaban a descansar al cuartel. Una vez en el interior en acción de comandos desarmaron a los soldados de la posta, en absoluto silencio.

Parecía que todo iba a ocurrir según lo planeado, pero acechaba la fatalidad, el segundo auto que iba algo rezagado al precipitarse chocó con el contén de la acera y se produjo la alarma. Violentamente salieron de esa máquina y de las demás sus ocupantes irrumpiendo en el Campamento Militar. La guarnición se movió hacia la posta atacada y se inició el combate. Algunos revolucionarios, entre ellos Renato Guitart, que caía momentos después, logró entrar hasta el cuerpo del edificio buscando el arsenal según los planos que poseía; pero donde antes se guardaban las armas estaba instalada ahora la barbería. Fidel Castro pegado al muro de la posta dirigía la acción, pero al comprender el fracaso de la misma, ordenó la retirada hacia Siboney.

Un cerrado fuego de fusilería y ametralladoras mantenido firmemente por sus compañeros desde

varios flancos permitió la huida momentánea de muchos. Una veintena se dirigió al Hospital Lora, otros abandonaron sus uniformes y quedándose con las ropas de civil que llevaban debajo se refugiaron en hogares santiagueros; en este caso estaban los menos. Los que siguieron a Fidel Castro hasta la playa Siboney y se internaron en las primeras ondulaciones de la Sierra próximas al Caney, tuvieron mejor suerte.

El tiroteo había durado aproximadamente dos horas, a las siete de la mañana se escuchaban aún disparos en medio de una confusión imponderable.

Desde unos ventanales al fondo de la clínica Los Angeles que asoma a la avenida de Las Enfermeras, Panchito Cano y yo recogimos las primeras impresiones de la batalla. Esa madrugada estábamos terminando un reportaje sobre los carnavales para la revista BOHEMIA cuando escuchamos las inconfundibles ráfagas de ametralladora. Su sonido no admitía dudas, no eran cohetes ni juego de artificios sino un combate de gran envergadura.

La clínica Los Angeles donde primero estuvimos, está distante del Regimiento Uno Maceo, sólo cuadra y media y del hospital Saturnino Lora unos seis metros atravesando la calle. Nuestra magnífica visibilidad desde el segundo piso del edificio la abandonamos media hora después, nuestro propósito era entrar en el Moncada. Los comentarios dentro de la clínica eran que los soldados se estaban fajando entre ellos, o que había un tiroteo entre marineros y guardias borrachos, no fue sino hasta avanzada la mañana que se conoció la verdad.

Mientras veíamos correr de un lado a otro a hombres uniformados disparando sus armas y a otros apostados en improvisadas trincheras haciendo blanco en el cuartel o en los paredones del hospital y a un tercer grupo emplazando una ametralladora en el Palacio de Justicia, en el interior del Saturnino Lora la tortura y la muerte aguardaban a dos docenas de jóvenes.

Momentos antes de que los primeros autos irrumpieran en el Moncada, Abel Santamaría, el doctor Mario Muñoz Monroe, Julio Trigo, Melba Hernández, Haydée Santamaría y algunos jóvenes más entraron en el hospital. Llevaban consigo algunas armas, el maletín facultativo del doctor Muñoz, un paquete con arengas impresas y un disco que contenía el histórico discurso del aldabonazo, el último que pronunciara Eduardo Chibás en la emisora CMQ y que ellos pretendían propalar a través de las estaciones de radio locales tan pronto ocuparan el Moncada.

Fue Abel Santamaría vestido de militar quien sostuvo una rápida entrevista con el policía que guardaba la entrada principal del hospital.

—No es el Ejército, si no el pueblo el que va a ocupar el hospital, no le haremos daño alguno a usted, sólo vamos a desarmarlo —le dijo al policía que estaba perplejo.

—El es médico; y ellas, sus enfermeras. No queremos que ocurran muertos ni heridos, pero si son inevitables ellos los atenderán —agregó Abel aclarando la presencia de sus acompañantes.

Tan pronto estuvieron dentro del edificio escucharon los disparos del cuartel.

—Hay que combatir —dijo Abel apenado.

—¿Qué fallaría? —se preguntaba—. ¿Habrá muerto Fidel? —comentaba desolado.

El grupo del hospital se dividió en dos, uno fue hacia el fondo, sector del edificio que queda exactamente enfrente de la posta principal del Moncada y el otro grupo se quedó protegiendo la puerta del hospital.

La refriega se prolongó por mucho tiempo sólo en el Moncada. Fidel había dado la orden de que si se frustraban los planes los que pudieran se dirigieran al hospital para de allí evadirse y muy pronto comenzaron a llegar los primeros combatientes al Saturnino Lora, con el desaliento del fracaso. Detrás de ellos en su persecución entraron miembros de la Policía y del Ejército. Un reducido número de hombres sostuvo fuego de dentro hacia afuera con los aforados que querían desalojarlos del hospital. De esa manera distraían la atención del enemigo cubriendo la retirada a los compañeros.

El Dr. Mario Muñoz, comprendiendo que iba a ser prácticamente imposible la retirada de todos sugirió que se vistieran de enfermos los que estaban dentro del centro benéfico y ocuparan camas como si estuvieran reclusos, entendía que esa era la única forma de eludir a sus perseguidores. El Dr. Mauricio León, médico interno del Hospital Lora le señaló dónde estaban los escapes con la ropa necesaria y ayudó a vestirlos; entre los presuntos enfermos estaba Abel Santamaría.

Con extraordinaria destreza, el Dr. Muñoz, Melba y Haydée vendaron en las piernas, en los brazos y en los ojos a sus compañeros y los condujeron a las camas. Muñoz se mantuvo con su bata de médico y las mujeres que no tuvieron tiempo de vestir de otra manera se quedaron con sus slacks en la sala de niños. Allí ayudaron a las enfermeras a consolar a las criaturas que lloraban asustadas por el tiroteo.

Aproximadamente cuarenta y cinco minutos después entraban los soldados en el Hospital. En la primera incursión por todo el edificio no tuvieron el menor éxito. A reserva de la detención de dos o tres jóvenes heridos, los que resistían en la puerta, no hallaron a nadie más. Todos permanecieron en sus camas simulando estar reclusos. Melba y Haydée desde la sala de niños presenciaron cuando los soldados se retiraban, un acto desgraciado. Fue cuando un civil grueso de mediana estatura, de pelo negro, espejuelos de oro, vestido con un pantalón oscuro y camisa de cuadros detuvo a los oficiales que se marchaban y les indicó que buscaran en las camas.

—Jamás olvidaremos ese rostro —dirían ellas luego.

Los militares se volvieron y violentamente comenzaron a levantar a los enfermos de sus camas e investigarlos; pronto descubrieron el ardid.

—¿Conque ojitos malos, no? —dijeron al encontrar a Abel Santamaría con los ojos vendados— pues te los vamos a sacar para que sea verdad.

A culatazos y patadas sacaron del hospital a los que serían los primeros mártires del 26 de Julio. ¡Faltaban las mujeres!... El delator llamó la atención a los soldados de que ellas estaban en la sala de niños.

—Esas —dijo señalando a Melba y Haydée— no son enfermeras ni

madres, esas vinieron con ellos y también aquel disfrazado de médico —indicando para el doctor Muñoz.

Así detuvieron a los últimos.

Ya Panchito Cano y yo en una segunda y peligrosa incursión habíamos logrado acercarnos mucho más al Cuartel Moncada por la parte norte del polígono que limita con la embotelladora Coca-Coia; muy próximo al lugar en los límites del hospital militar se escuchaban ráfagas y se veían hombres uniformados correr de un lado a otro, así como a civiles heridos que podían andar por sus propios pies escoltados por soldados, entrar en el Hospital Militar.

Cuando iban detenidos del Hospital Saturnino Lora al Cuartel Moncada, por la avenida de Las Enfermeras, el Dr. Muñoz y las dos mujeres, los custodios dejaron que el médico se adelantara unos veinte pasos y gritando ¡disparen que huyen!... fue muerto Muñoz Monroe. Su caída era sólo el comienzo de la tragedia.

(Continuará)

LAS EJECUCIONES EN...

(Continuación)

mas fueron sacadas por la fuerza de sus casas.

Para culminar el furor por las ejecuciones se publicó una declaración citando palabras de Fidel Castro, que, prácticamente, amenazaban a los Estados Unidos con la muerte de "doscientos mil gringos" si los infantes de Marina fueran a desembarcar en una intervención para impedir las ejecuciones.

Castro dijo que él no estaba hablando para que se publicaran sus palabras en esa ocasión, y estoy seguro de que así fue. Estaba hablando como Fidel Castro gusta de expresar sus pensamientos y un periodista que estaba cerca le escuchó. La publicación de esa declaración, sin explicaciones, produjo el efecto de una bomba en los Estados Unidos. Castro la aclaró con una declaración categórica de que él no había tenido intención de mostrarse agresivo o insolente, y reiteró que cualquier intervención sería repelida por el pueblo de Cuba.

Esa es una declaración sincera y lógica, porque ningún cubano con dignidad y patriotismo jamás aceptará la vuelta a los días de la Enmienda Platt cuando los Estados Unidos podrían intervenir a voluntad en este país.

La oposición y las protestas contra las ejecuciones parecen surgir de todas partes, menos de Cuba. La opinión pública en este país, desde el obrero más pobre hasta el magnate azucarero más rico, desde el ateo hasta la jerarquía de la iglesia católica romana, apoya la intransigencia de Castro en este asunto.

Hace tres años cuando los dirigentes de un contrarrevolución peronista eran ejecutados en la provincia de Buenos Aires, Arturo Frondizi, entonces un posible candidato presidencial, solicitó una audiencia con Monseñor Fermín Lafitte, administrador de la archidiócesis de Buenos Aires. Frondizi fue recibido por Monseñor Lafitte a altas horas de la noche y solicitó del prelado que interviniese para impedir las ejecuciones.

Monseñor Lafitte le respondió a Frondizi:

"La caridad no puede impedir la justicia".

"EL QUE SABE... SABE, QUE DOMECQ SABE MEJOR"



PARA CALIDAD...
DOMECQ